

HERVAS Y LAS LENGUAS INDIGENAS DE AMERICA DEL SUR

ANTONIO TOVAR
Madrid

Se puede afirmar que Lorenzo Hervás era, en los dos decenios alrededor de 1800, el hombre mejor informado de la situación lingüística del mundo. Sin haber tenido formación especial como lingüista, profesión que no se había desarrollado todavía, pero guiado por su curiosidad de conocer, a través de las lenguas, la historia de la humanidad, se encontró en condiciones de reunir la más completa información sobre los pueblos y lenguas del planeta.

El había comenzado a escribir una amplia enciclopedia bajo el título de *Idea dell' Universo, che contiene la storia della vita dell'uomo, elementi cosmografici, viaggio statico al mondo planetario e storia della Terra*, aparecida en lengua italiana en Cesena, entre 1778 y 1787, en la cual, después de tratar de antropología, con anatomía del hombre, y cosmografía e historia universal, dedicó los cinco últimos tomos, del xvii al xxi, a las lenguas. El plan de esta obra, cuyos modelos no se han investigado, se diría que fue surgiendo según la escribía, y tal vez no se cerraba con estos volúmenes sobre las lenguas¹. Pero Hervás consigue recomenzar la publicación de su gran

¹ Me he ocupado de otros aspectos de la obra de Hervás en: "Hervás y las lenguas indias de América del Norte", *Revista Española de Lingüística* xi, 1981, 1-11; "The Spanish Linguist Lorenzo Hervás on the eve of the discovery of Indo-European", *Logos semantikos, Studia linguistica in honorem Eugenio Coseriu*, Madrid-Berlín-New York, i, 1981, 385-394, y en el libro *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*, Madrid, 1981, 136-147. He aquí el plan de los tomos lingüísticos de la obra italiana de Hervás: vol. xvii, *Catalogo delle lingue conosciute e notizia della loro affinitá e diversitá*, 1784; xviii, *Trattato dell'origine, formazione, meccanismo ed armonia degl'idiomi*, 1785; xix, *Aritmetica di quasi tutte le nazioni conosciute. Divisione del tempo fra le nazioni orientali*, 1786; xx, *Vocabolario poligloto con prolegomeni sopra piú di CL*

obra en España, adonde luego regresaría y donde residiría entre 1798 y 1802, y la amplía, redactando de nuevo en español casi toda su enciclopedia. Van apareciendo en Madrid la *Historia de la vida del hombre*, 7 tomos, 1789-1799, *El hombre físico o anatomía humana físico-filosófica*, 2 tomos, 1800, *Viage estático al mundo planetario*, 4 tomos, 1793-94, que corresponden respectivamente a los volúmenes I-VII, VIII y IX-X de la obra italiana. De ella quedaron sin redacción ampliada en español los volúmenes XI-XVI, dedicados a la *Storia della Terra*.

En 1800 comienza la publicación en Madrid de los seis tomos de su *Catálogo de las lenguas y naciones conocidas, y numeración, división y clases de éstas según la diversidad de sus idiomas y dialectos* (1800-05). Estos no llegan a desarrollar todo el plan del volumen XVII en italiano, primero de la parte lingüística. Sabemos² que quedaron materiales y apuntes para desarrollar en cuatro tomos más la última parte correspondiente a lenguas de Europa (latín, etrusco, etc.) y de toda Africa, con lo que se hubiera completado la nueva clasificación e inventario de las lenguas del mundo. No se puede imaginar cómo hubiera sido el desarrollo de los cuatro volúmenes más de lingüística en la redacción italiana, si la edad no hubiera detenido la incansable actividad de Hervás.

Por lo mismo que no era un especialista en lenguas, ni en ninguna lengua determinada, Hervás vino a coincidir con Leibniz en ver la lengua y las lenguas como algo humano y general; así pudo enumerarlas, compararlas entre sí, en su vocabulario y en su artificio gramatical, buscar su armonía, e investigar tanto el origen de los diversos pueblos, como sus contactos culturales, reflejados en ciertos aspectos más o menos acertadamente buscados, como el de la numeración o la semana.

Si se piensa que tal empresa no se había intentado antes, y que los intentos de un vocabulario universal, que la emperatriz Catalina de Rusia iba a promover simultáneamente, se limitaban a la recogida de palabras, sin entrar en comparaciones de estructura de las lenguas³ ni en investigar sus relaciones, se apreciará la originalidad y novedad del trabajo de Hervás. El cual, por eso, acudió, más que a las bibliotecas, a las personas informadas, con un método de encuesta. Maneja y cita grandes obras de

lingue, dove sono delle scoperte nuove ed utili all'antica storia dell'uman genere ed alla cognizione del meccanismo delle parole, 1787; XXI, *Saggio pratico delle lingue e dialetti, con cui si dimostra l'infusione del primo idioma dell'uman genere, e la confusione delle lingue in esso poi accaduta, e si additano la diramazione e dispersione delle nazioni con molti risultati utili alla storia*, 1787.

² JULIÁN ZARCO CUEVAS, O.S.A., *Estudios sobre Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809)*, I, *Vida y escritos* (único publicado), Madrid, 1936, p. 54.

³ Véase la obra de F. VON ADELUNG, *Catherinenus der Grossen Verdienste um die Vergleichende Sprachkunde*, reimpresión de la edición de 1815 por H. Haarmann, Hamburgo 1976.

erudición, libros de historia y textos literarios cuando se refiere a las lenguas antiguas, y recoge las leyes de Numa en latín arcaico, o los juramentos de Estrasburgo para el francés antiguo, y para el castellano primitivo de unas muestras del *Mío Cid* y de Berceo, etc., pero sus informes principales, sobre todo para lo que ahora nos interesa, América, son sus compañeros jesuitas, concentrados por la dura resolución de Carlos III en los Estados Pontificios. La tradición que se conservaba entre los misioneros de las distintas órdenes, muchas veces tangible en diccionarios y gramáticas que se guardaban manuscritos y se iban corrigiendo y ampliando y rehaciendo, y lo mismo en ocasiones se reeditaban en forma renovada, fue utilizada por Hervás mediante preguntas y consultas a los refugiados que vivían cerca de él. Transcribe sus opiniones y respuestas, y muy frecuentemente copia amplios pasajes de cartas en que le comunican lo que recuerdan de su experiencia en rincones del lejano continente. Así en la primera página del capítulo de las lenguas americanas (§ 1 y además 42 ss.) cita como autoridades a dos grandes escritores jesuitas, expulsos como él: Clavigero para México y Gilij para los países del Orinoco; desde luego sin olvidarse de utilizar los datos que halla en Acosta, el Inca Garcilaso, Fernández de Oviedo, Solórzano Pereira, etc.

Sería demasiado fatigoso, y ajeno al interés general, detenernos en el examen de las referencias a las diferentes lenguas, tan numerosas en América. Vamos a fijarnos preferentemente en los intentos de clasificación genealógica, bien debidos a Hervás mismo, bien aceptados por él de predecesores suyos, y que han sido aceptados por la ciencia ulterior.

Así reconoce Hervás por sí mismo la extensión del tupi-guaraní en dirección Noroeste, e identifica (§ 14) no sólo a los chiriguano (cf. además § 75), sino a los sirionós (*cirionò*, cf. § 75) y a los guarayos (§ 15). Y utilizando indicaciones de sus compañeros jesuitas J. de Velasco y J. Camaño, señala (§ 87) la extensión de dialectos guaraníes hasta los tocantinos (es decir, la región, en otros tiempos densamente guaranizada, del Amazonas), los omaguas (hacia el curso medio del gran río) y, en los confines del reino de Quito, los cocamas y cocamillas (§ 88).

En cambio rechaza la posibilidad de que el guayaquí y el caaiguá (§ 39) sean lenguas del mismo grupo, fiándose de su compañero Sánchez Labrador, contra la opinión de misioneros que estaban sin duda mejor informados.

En la identificación de la grande y extendida familia arahuaca sigue Hervás, aunque con timidez, a su amigo Gilij, que había reconocido⁴ el primero, fijándose no sólo en listas de palabras, sino en algunos rasgos

⁴ FELIPE SALVADOR GILIJ, *Ensayo de historia americana* (publicado primero en Roma en

gramaticales, la relación del maipure, que le era familiar en su misión, con el avane, el cábere y el parene (o yavitero), vecinos suyos entre el Orinoco, el Río Negro y el Marañón, y, por otro lado, con la antigua lengua de Haití, el taíno, con el achagua, y con el muy lejano mojo. Hervás no sólo vacila, oponiéndose también a la autoridad de otro antiguo misionero jesuita en la misma zona, Gumilla, sobre el carácter arahuaco del achagua (§ 46), sino que desconoce por completo la acertada atribución que a la familia había hecho Gilij de los mojos. Hervás, al ocuparse de las lenguas del antiguo Perú (§ 66), pone juntos a mojos y baures, y además de no reconocerlos como arahuacos, comete un error, fiándose de Camaño, que invoca la autoridad de otro jesuita expulso, Christóbal Rodríguez, misionero durante veinte años de baures y paicónes, el cual “no halló sombra alguna de afinidad entre las lenguas baure y paicone ni jamás oyó decir que hubiera ni una sola palabra que fuera común a ellas”⁵. Acierta en cambio Hervás (§ 66), según parece, al separar de estas lenguas el ticomeri o maciena⁶. Vemos cómo Hervás, en su insaciable y estudiosa curiosidad, para reconocer la pertenencia de un dialecto a una “lengua matriz” contrastaba opiniones, y a menudo se dejaba descarriar por ellas.

Por otro lado, la documentación que, con toda su diligencia, podía reunir Hervás, no permitía reconocer parentescos que sólo más tarde se han descubierto; así ocurre con los paresis o parecis, que habían buscado refugio en las misiones españolas cuando fueron vencidos por los portugueses en 1740, y que él no podía reconocer entonces como arahuacos al citarlos (§ 19, xviii) entre las numerosas lenguas brasileñas.

Por no fiarse más de Gilij, dejó Hervás (§ 49) de reconocer el carácter arahuaco de las lenguas de achaguas y amarizanas, admitiendo ciertas informaciones del P. Roque Lubián, transmitidas por Gilij, y otras nuevas que le dio el ex jesuita Manuel Alvarez al propio Hervás. En cambio sí admite (§ 49) como maipure, es decir, arahuaca, la lengua ature, siguiendo a Gilij.

Por el contrario, ni Gilij ni Hervás reconocieron todavía el carácter arahuaco del guajiro ni de los aruacos “entre la boca oriental del Orinoco

italiano, 1780-1784). Cito por mi traducción (Academia Nacional de la Historia, Caracas), vol. III, 1965, pp. 175, 275, 271 s., 200, 276.

⁵ Es evidente que el informante exageraba, si no hay alguna confusión de nombre, pues en los breves vocabularios de la gran obra de Č. ΛΟΥΚΟΤΚΑ, *Classification of South American Indian Languages*, University of California, Los Angeles, 1968, p. 142, de 6 palabras que hallamos comparadas en ambas lenguas, 5 son semejantes.

⁶ Cf. ΛΟΥΚΟΤΚΑ, *op. cit.*, p. 166.

y el río Surinam", es decir, los arawak de las Guayanas (Hervás, § 46 y 47), que creyeron equivocadamente caribes.

La belicosidad y consiguiente prestigio de los caribes, y el temor que siempre habían causado a los otros indígenas y a los colonizadores, descaminaba a menudo en la clasificación de lenguas relacionadas o vecinas. Así vemos a Hervás siguiendo, en el punto de los arawak de Guayana, a otro de sus compañeros jesuitas, Gian Domenico Coleti, que en su diccionario de América meridional (1771) los considera caribes, lo mismo que a los habitantes indígenas de las islas de Dominica y San Vicente, donde, como es sabido, los hombres caribes las conquistaron, pero las mujeres eran arahuacas y con sus hijos mantenían su lengua como femenina generaciones después de la invasión.

Otra vez Hervás, al tratar de las poblaciones de la provincia de Popayán (§ 92) admite, como muchos estudiosos de nuestro siglo, mezcla de caribes en la zona del Chocó, e incluso, basándose en elementos culturales (§ 93 s. de la edición española), supone sin razón fueran caribes de origen los guaimíes y darienes.

Para la Tierra firme y el Nuevo Reino de Granada escribe Hervás muy influido por su hermano de hábito Gilij, el cual en una amplia carta, de la que Hervás transcribe, se remite a su obra impresa, en la cual trata de los caribes en el tomo 111, pero con una nueva lista de tribus en el Apéndice al tomo 1, § 9, y luego advierte que, después de su alejamiento del Orinoco, se han descubierto nuevas tribus de esta nación. También le advierte Gilij, con razón, que el guaraúno no es caribe, sino "matriz o dialecto de algún idioma diverso de los que se hablan por las demás naciones conocidas en el Orinoco"⁷. Y así Hervás amplía su lista de naciones caribes, añadiendo en la edición española noticias de los franciscanos y de una lista, ciertamente poco valiosa, del geógrafo Bussing (§ 47).

Cree Hervás erróneamente que los guamos son caribes (§ 46 y 56), pero quizá no se equivoca cuando cree tales a los cuacas o quaquas, si éstos son, como creen algunos autores⁸, idénticos con los nepoyo o mapoyo.

Hervás recogió en la edición española (§ 46 s.) diversas informaciones holandesas y francesas sobre la relación de los caribes de las Antillas con los del Continente, y sobre la extinción del caribe en muchas de las islas, así como las ideas del inglés Bristok, que interpretaba datos de Gabriel de Cárdenas Cano (1723), procedentes de Ponce de León y otros descubri-

⁷ Se equivocará Hervás en la edición española (§ 51), al abandonar la idea y atribuir esta lengua al grupo caribe.

⁸ Cf. A. TOVAR, *Catálogo de las lenguas de América del Sur*, Buenos Aires, 1961, p. 139.

dores, que creyeron ver caribes en Florida y en el Sudeste de los Estados Unidos⁹.

En cuanto al complejo grupo que hoy se llama, con sentido bastante poco preciso, chibcha, no podemos pedir a Hervás mucha información. Muy valioso, por tratarse de lenguas desaparecidas, es lo que nos trasmite (§ 52) de una carta de Joseph Padilla, misionero durante veintitrés años en el Casanare, que le envió materiales sobre el betoy y que sabía que betoy, jirara¹⁰ y ele “se diferencian tanto como los idiomas español, francés e italiano entre sí”. Al mismo grupo atribuye el mismo misionero el airica y el situja.

Transcribe en la edición española (§ 59 s.) al historiador neogranadino Lucas Fernández de Piedrahita (1661), que cita muchas tribus indígenas sin separar grupos de lenguas, pero ya desde la edición italiana se había dado cuenta Hervás de la importancia del muisca o mosca, de Bogotá y Tunja.

De ciertas familias menores le llegaban informes ciertos de misioneros que habían reconocido su agrupación. Así le ocurre con los dialectos del grupo zamuco, que, sin acertar, agrupa (§ 22), con el P. Narciso Patzi, con la familia quaicurú, identificada por los misioneros jesuitas de tobas, mbayás, abipones y mocovíes (citando a Camaño y Sánchez Labrador, § 31).

Al repetir su trabajo en la edición española, admiramos la infatigable curiosidad y la actividad incansable de Hervás, que le lleva a rectificarse continuamente, incluso, como hemos visto, pasando a veces de una opinión acertada a la equivocada. Pero comparando ambas ediciones, que mantienen la misma división en párrafos, vemos cómo amplía siempre su información, especialmente con fuentes nuevas, de reciente publicación. Así vemos como acude a Molina y Ovalle para la etnología de Chile (§ 12), y a Iolis y a Peramás sobre el Chaco y el Paraguay (§ 14). También añade de Dobrizhoffer (que publicó *De Abiponibus* en 1784) datos sobre los zamucos (§ 22) y sobre los abipones (§ 28). E incluso polemiza con nuevas publicaciones; así al responder a las objeciones que le hacía Iolis en su *Saggio di storia naturale della provincia del Gran Chaco* (1789), sin perjuicio de tomar de él nueva información sobre los abipones (§ 28) y sobre los

⁹ Aquí está la explicación de que los colaboradores en la empresa de la Emperatriz de Rusia consideraran norteamericana a la lengua caribe, sobre lo cual me preguntaba yo en mi artículo sobre “Hervás y las lenguas indias de América del Norte”, nota 1. Es evidentemente una consecuencia de la importancia que desde el primer momento se concedió al grupo caribe.

¹⁰ Un descuido de Hervás, o de la imprenta, introduce aquí a la lengua *yarura* (*jarura*), en vez de *jirara*, en la edición italiana.

lenguas (§ 33). También enriqueció su información sobre los guanás a base de Sánchez Labrador y Iolis (§ 35), si bien no llegó a reconocer la pertenencia de esta lengua a la gran familia arahuaca.

Lamenta (§ 38), sobre una lengua que ahora figura entre las poco conocidas de la familia kaingang¹¹, no haber conseguido de Joseph Cardiel, “que sabía esta lengua, y era amigo mío”, información sobre el guaño o gualacho, pues el citado misionero “ha muerto antes de que yo tuviese la intención de escribir esta obra”.

Sobre el guenoa acepta de Techo (§ 39), acertadamente, que sea pariente del charrúa. Falta investigar entre los papeles de Hervás si se conserva todavía la documentación que le proporcionó Camaño sobre esa lengua, de la que sería bueno poder estudiar el “breve catecismo” que le envió su amigo y compañero de destierro.

También enriquecería nuestros conocimientos dar con la gramática que les envió. (§ 43), con una carta de 25 de marzo de 1784, el P. Joseph Forneri, de la muy interesante lengua yarura, que ha de ser considerada en relación con el amplio grupo chibcha. Igualmente habría que buscar entre los papeles de Hervás, que en el último año de su vida le proporcionó a Guillermo de Humboldt, la información de que éste dispuso sobre América, los breves índices de palabras que Gilij le dio de las lenguas cayubaba, mobimah e itonama (§ 43).

De lenguas mejor conocidas, como quechua y aimara, recoge Hervás (§§ 61-63) las noticias de las fuentes ya clásicas, así como lo que se sabía generalmente sobre yunga y puquina (§ 64 y 65). Por cierto que, al recoger las fuentes históricas sobre los más o menos legendarios sciros, da (§ 91) la opinión del muy erudito jesuita ecuatoriano Velasco, que decía que estos conquistadores introdujeron en Quito la lengua quechua después del año mil de la era cristiana, muchísimo antes de la conquista incaica.

Del historiador P. Juan de Velasco principalmente toma Hervás copiosa información sobre la complejísima vertiente amazónica del antiguo reino de Quito (§ 78 ss.). Quizá los misioneros reconocían, al menos en parte, grupos como el pano y el simigae o záparo y el tucano. Pero justamente la riqueza de su información, de diversas fuentes, impedía aceptar clasificaciones, así la del mojo-baure como arahuaco, que otras fuentes contradecían. Y no digamos otras lenguas que hoy se clasifican con seguridad como arahuacas, así el campa o el piro, y que él conocía sólo de nombre y a través de simples enumeraciones tribales (§ 81).

Lorenzo Hervás, estimulado por un ambiente nuevo en Italia, conver-

¹¹ Cf. LOUKOTKA, *op. cit.*, p. 65.

tido en lingüista al escribir una obra enciclopédica sobre el hombre y el universo, se encuentra rodeado de sus compañeros de destierro, que vieron su obra misional interrumpida y destruida, y, por lo que hace a las lenguas de América, es el testamentario de una tradición que se acababa. Con él se extinguía el antiguo sistema colonial. En vano dedica en Roma, a 15 de febrero de 1798, el primer volumen del *Catálogo* en español al Supremo Real Consejo de Indias. Las misiones patrocinadas por la Corona española habían entrado en una crisis que la Independencia agravaría. El mundo indígena que etnólogos y lingüistas modernos encontrarán después es otro. En los escritos de Hervás, y quizá todavía en papeles que él reunió y puedan encontrarse, ya que no pudo utilizarlos todos, hay otros datos que pueden informarnos de lo que las antiguas misiones llegaron a saber de lenguas americanas. Ese es un trabajo que está aún sin hacer.